



ΑΟΜΟΚΟΡΟΕ

Historia

III

FELIPE II

1

DP176

S2

V.1

C.1

006697



1080020169

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

68.

U. M.

J

U. M.

HISTORIA
DE FELIPE II.

HISTORIA DE FELIPE II.



Carlos V, Emperador de Alemania y rey de España.

HISTORIA DE FELIPE II.



FELIPE II REY DE ESPAÑA.

HISTORIA DE FELIPE II



FELIPE II REY DE ESPAÑA

HISTORIA DE FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

POR

D. EVARISTO SAN MIGUEL.



MADRID:
D. IGNACIO BOIX, EDITOR, *Cra. Alfonsina*
CALLE DE CARRETAS, *Biblioteca Universitaria*
NÚMERO 8.
1844.

48631

DP 176
S2
V. 1

HISTORIA
DE FERRER II

Esta obra es propiedad
de su editor don Ignacio
Boix, quien perseguirá ante
la ley á quien la reim-
prima.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PROLOGO.

De todos los ramos del saber y la literatura cultivados desde el principio de las sociedades hasta los tiempos que alcanzamos, ninguno cuenta mas escritores ni lectores que la historia. Natural es en efecto, que llame la atencion del hombre este gran cuadro de su vida, donde entra lo presente y lo pasado; lo grande, lo magnifico, lo sublime, al par de lo pequeño, de lo feo, de lo horrible; donde su especie aparece bajo formas tan diversas; donde se presentan todas las fases de su condicion, segun la diferencia de los tiempos, de los climas, del grado de civilizacion, de las preocupaciones, de los hábitos. Aun despojando á la historia de su carácter de moralidad, como fuente inagotable de lecciones prácticas, le quedaria una grandisima importancia considerada como un simple objeto de curiosidad, como un simple espejo en que el hombre contempla su figura. Todas son en efecto dignas de ser vistas; mas no pueden excitar el mismo grado de interés en cuantos las observan. La diferencia de gustos, de índole, de educacion y hábitos, influyen en esta clase de predilecciones. Anteponen unos la historia antigua á la moderna, y al contrario.

006697

Busca el uno guerras; el otro transacciones mas pacificas: sigue éste con interés los progresos de las ciencias y las artes, mientras se deleita exclusivamente aquel con todo lo extraño y anticuado que ofrezca los menos rasgos posibles de conformidad con lo que existe. En esta inmensa galería, todos buscan, todos hallan sus colores, sus actitudes, sus personajes y grupos favoritos.

Mas cualquiera que sea este carácter ó índole particular, casi todos estarán de acuerdo en que de las épocas de la historia moderna, ninguna merece preferencia al siglo XVI, ora se atienda á las cosas, ora á las personas; ya á la importancia y copia de los acontecimientos, ya á su influencia en los destinos de la especie humana; siglo verdaderamente grande y magnífico bajo cuantos aspectos se le considere; siglo en que renacieron las artes, algunas de las que adquirieron un brillo y esplendor que no gozaron desde entonces: siglo en que se desenrollaron las ciencias; en que se descubrió el nuevo mundo; en que se agitaron tantas contiendas políticas y religiosas; en que desplegaron su genio, y por distintos caminos se immortalizaron tantos hombres; donde el taller del artista, el gabinete del sábio, y la arena de las controversias religiosas, ofrecian tantos títulos de renombre y gloria como los mismos campos de batalla.

La historia de nuestra nacion se halla tan enlazada con todos los acontecimientos importantes de aquel siglo, que es imposible escribirla sin entrar mas ó menos en la de los demas pueblos de la Europa. Ocuparon sucesivamente el trono español durante casi todo este periodo dos monarcas que, dominando á mas de este pais en otros muchos, debieron por precision de tomar parte en cuantos negocios importantes ocurrieron durante su reinado: dos monarcas famosos por la actividad de su carácter, por su espíritu ambicioso, por su basto poderío, por la habilidad que desplegaron en el gobierno y administracion de sus estados. Fueron ambos y son en la actualidad casi igual-

mente célebres, mas no del mismo modo: los dos figuran en primer término, mas no con un mismo colorido: ambos fueron objeto de rivalidades y de odios, mas con diferentes grados de encarnizamiento: los dos tuvieron sus historiadores, mas no los hallaron igualmente fieles y hábiles. Bajo ambos conceptos fué mas afortunado Carlos que Felipe. Pocos hombres han sido efectivamente mas que este último, blancos de parcialidad, de prevención, de mala fé por parte de sus historiadores. Para unos es poco menos que un Dios: para otros un demonio: aquí se pone en las nubes su piedad, su celo religioso: allí se le pinta como un monstruo de supersticion y fanatismo: lo que para los primeros fué justicia, fué prudencia, fué política, lo califican los segundos de crueldad, de falsedad y de perfidia. Nada prueba tanto la lucha encarnizada de intereses, opiniones y principios que, encendida durante su existencia, comunicó su furor á las generaciones sucesivas.

Al emprender la vida y hechos de Felipe II, rey de España, no desconocemos la clase de nuestra tarea ya atendiendo á lo vasto de las indagaciones, ya al modo de presentar su resultado. Si la historia es en todas ocasiones un estudio serio y grave, ninguna debe de merecer mas este carácter que la de un personaje tan grave y tan severo en todas las situaciones de la vida, de un monarca tan importante en nuestros anales, tan enlazado con el nombre y las grandezas españolas, y sobre todo cuya memoria excita tan diversos sentimientos. Por mas que se imponga un historiador el deber de indagar los hechos con toda diligencia, de exponerlos con imparcialidad y exactitud, es imposible que no choque muchas veces con sentimientos favoritos, con opiniones dominantes, con las preocupaciones que se adquieren por necesidad, segun el círculo en que se vive, el partido político á que se pertenece, etc. Teniendo pues presentes estas consideraciones, y convencidos de la imposibilidad de contentar á todos, diremos de Felipe II la verdad, ó lo

que mas probable nos parezca, despues de comparados los datos en las diversas autoridades que consulte, ora amigos, ora contrarios, pues la justicia exige que se oiga á entrambas partes. Ningun interés tenemos en hermo-sear, ni menos en cargar el cuadro de tintas demasiado oscuras. Como españoles debemos de propender á lo primero. Y ¿qué persona que lleve este nombre puede prescindir de un movimiento de amor propio al recorrer una época en que su Nacion era considerada, respetada y colocada por su poder, si no la primera, al menos al par de las primeras de la Europa? Mas harémos por desprendernos de estas ilusiones que tantas veces extravian el entendimiento. El mejor modo de evitar los escollos á que lleva la parcialidad, es presentar los hechos con exactitud y ser parco en reflexiones; escribir para narrar, no para probar; ser lógico en presentar datos, dejando alcuidado del lector el deducir las consecuencias.

La historia de Felipe II, que comprende la segunda mitad del siglo XVI, no abraza sucesos menos importantes que la de su padre, relativa á la primera. Si algunas figuras del primer cuadro son de mas relieve que sus análogas en el segundo, se ofrecen otras en este que en aquel se buscarian muy en vano. Ni España, ni Italia presentan á la verdad los acontecimientos que llaman tan poderosamente la atencion, pero en cambio Francia, Inglaterra, Escocia y sobre todo los Países-Bajos, son de un interés á que no llegan en el primero de los dos periodos. Si han desaparecido de la escena los Leyvas, los Pescaras, los Condestables de Borbon, etc., no aparecen menos importantes los Farnesios, los Duques de Alba, los Guisas, los Príncipes de Orange. Son tan grandes personajes en Inglaterra las Reinas María é Isabel, como su Padre: la de Escocia, María Stuarda, es ella sola una novela, un drama que excede en lances peregrinos á cuanto se pudiera inventar en este género; y sin salir de nuestra propia casa, el espectáculo de un Rey que del fondo de su gabinete agita el mundo con

los resortes poderosos de su ambicion y habilidad en materia de gobierno, casi llama tan poderosamente la atencion como el que pasó su vida en una peregrinacion continua, imprimiendo en los negocios la actividad que no podian menos de recibir de su presencia.

Bajo cuantos aspectos se considere el reinado de Felipe II es un periodo de grandísima importancia en nuestra historia. En él adquirió España entre las naciones de Europa un nombre y una importancia que no tuvo nunca, pues durante el de su padre fué el *Emperador*, no el *Rey*, quien representó el primer papel en su teatro. Al lado de la política lucieron las artes, las ciencias hasta donde entonces alcanzaban, y sobre todo la literatura que considera aquel tiempo como su edad de oro. Las guerras no siempre felices en que nos vimos empeñados, abrieron un campo de fama á esclarecidos caudillos: y las costas de Africa como la Italia, la Francia como los Países-Bajos, el mar como la tierra firme, fueron teatro de nuestras glorias militares. Fué este reinado el apogeo de España, considerada como una potencia: desde entonces no hicimos mas que decaer y perder poco á poco nuestra importancia en el mapa político de Europa. ¿No es digna, pues, de grande exámen esta época? ¿no merece este gran cuadro que se le observe, se le estudie y con toda imparcialidad se le analice? Culpa será del escritor, no del asunto, si la tarea que va á emprender no cooresponde á su grandeza.

De todos modos está el reinado del hijo tan enlazado con el de su padre, que se puede llamar su série, su continuacion y complemento. Si todo trozo histórico va siempre precedido de una reseña de aquellos sucesos que de mas cerca prepararon é influyeron en los que se van á referir, el prólogo natural de la historia de Felipe II es Carlos V. Por este se empezará pues, no para referir su historia, pues en este caso se harian dos en lugar de una, sino para entresacar de ella aquellos objetos de mas bulto que están enlazados con muchos é importantes de

la de Felipe. Se dirá de Carlos V lo que baste para comprenderle. Se le examinará bajo el aspecto de rey, de estadista, de capitán, de hombre adicto mas ó menos á los dictámenes de su ambición, á sus principios políticos, á sus creencias religiosas. Se hablará con la misma rapidez de los principales personajes de su tiempo, de las guerras que encendieron la Europa, del estado de las ciencias, de las artes, de la literatura, de las contiendas religiosas, figuras tan importantes de este cuadro. Se enlazará, en fin, de tal manera esta especie de introducción al cuerpo de la obra, que del todo resulte una exposición de cuanto el siglo XVI produjo de importante, de grande, de influyente en los destinos de los hombres, con la diferencia de que en la segunda de Felipe II se entrará en particularidades que por precisión tienen que faltar en la primera.

Tal es nuestro plan objeto de un estudio grave, detenido y meditado. Sobre su ejecución nada tenemos que decir al público que va á juzgarla. Cualquiera falta de fuerza que se advierta en ella se echará de ver al menos que no somos sistemáticos ni exclusivos, que no pertenecemos propiamente á ninguna de las cuales en que se dividen los que por escrito ó de otro modo dan al público sus pensamientos. Hombres de hechos, solo en su sencilla, clara y lógica exposición se cifrará nuestra tarea. No vamos á escribir la sátira ni hacer el apoteosis de Felipe II, rey de España; aspiramos solo á presentar de este monarca y de su tiempo un retrato fiel hasta el punto á donde alcancen nuestras fuerzas.

HISTORIA

DE

FELIPE II, REY DE ESPAÑA.

CAPITULO I.

Estado de la Europa al principio del siglo XVI.-España.-Inglaterra y Alemania, -Italia.- Portugal. - Imperio Otomano.-Fuerzas permanentes.-Poder absoluto.

Anunciaban los últimos años del siglo XV que iba á abrir el XVI una nueva época, para casi todas las naciones de la Europa. Los cambios en política y demas, que ordinariamente siguen las leyes de una marcha lenta y progresiva, tuvieron el carácter de aquellas transiciones rápidas, que se deben á la mano de las revoluciones. En todos los estados se experimentaron mudanzas considerables, nacidas, con corta diferencia, de las mismas causas. Mas á ninguno se puede aplicar esta observación con mas exactitud que á nuestra España. Dividido este país en tantos estados independientes muy pocos años antes, estaba en vísperas de componer una sola y compacta monarquía. Había unido un matrimonio feliz las coronas de Castilla y Aragon, y dado la conquista á los reyes católicos el único reino de dominación sarracena que restaba en la Península. Igual suerte aguardaba á Navarra, cuya posesión, disputada por las casas de Foix